
Desde el aire

DOS AÑOS DE GOBIERNO

El segundo año de gobierno de Carlos Salinas de Gortari coincide con los ochenta años del inicio de la Revolución de 1910.

Uno y otro aniversario son temas fundamentales para encarar el futuro inmediato de nuestro país y su ubicación en un mundo de aceleradas transformaciones que, en parte, son el motivo de los cambios internos.

En efecto, desde el sexenio anterior se inició lo que se ha llamado una política de modernización relacionada con las nuevas formas de interdependencia entre los países.

La modernización supone la alteración de prácticas, costumbres e ideas que, hasta hace unos años, eran consideradas fundamentos del sistema político mexicano, y que plantean, por lo mismo, la interrogante ¿hacia dónde nos dirigimos?

Uno de los aspectos importantes del actual gobierno es el de que, por primera vez, la política gubernamental no sufre aquella suerte de bandazos característicos de los periodos sexenales.

El grupo en el poder llegó para quedarse y para hacer efectiva una política económica que se considera la

solución a los grandes problemas nacionales. Ello implica tanto su permanencia en la dirección gubernamental, como la exclusión de aquéllos que están en contra de sus proyectos modernizadores.

Dos años de gobierno son mucho o poco según lo que se trate de analizar, pero en la mejor tradición sexenal mexicana el segundo año es todavía un periodo de ilusiones y expectativas de frente al futuro.

Por las anteriores consideraciones es difícil realizar un balance completo de la eficacia del proyecto gubernamental; más aún cuando los aplausos o las críticas partidistas impiden presentar logros y fracasos en su justa dimensión. Las audaces transformaciones en el plano económico que se han llevado a cabo apuntan a un fortalecimiento de la capacidad privada para reactivar la economía con el apoyo decisivo de la inversión extranjera, logrando un moderado crecimiento de entre 3 y 3.5 por ciento.

El proceso inflacionario se ha reducido, de acuerdo con cifras oficiales, y se espera un mayor control a mediano plazo. Para ello se refrendó hasta diciembre de 1991 en el Pacto para el Crecimiento Económico, pese a algunas resistencias del sector laboral, el que señala el éxito de la contención salarial frente al crecimiento incontrolado de los precios. La venta de paraestatales es una política a proseguir como parte de la estrategia privatizadora

que corre al parejo de una disminución del gasto público para sanear las finanzas públicas.

A su vez, se incrementó el programa gubernamental "Solidaridad" a fin de combatir la pobreza entre las clases más necesitadas, aunque la oposición señale sus fines políticos de manipulación.

El proyecto de un Tratado de Libre Comercio entre México y Estados Unidos parece una salida a la regionalización de la economía, pero no intenta un proyecto de mercado común que afectaría la soberanía nacional. Por el contrario, se multiplican las relaciones multilaterales como lo ejemplifica el viaje del presidente Salinas a Centro y Sudamérica, y el interés en la Cuenca de Pacífico.

Sin las aparatosas acciones del primer año de gobierno, este segundo parece consolidar la política económica salinista, ayudada además por el inesperado aumento en los precios del petróleo a causa del conflicto del Golfo Pérsico.

Como en los mejores momentos del espejismo petrolero Lópezportillista, nuestro país es reconocido como una nación de brillante porvenir, dispuesta a ser primer mundista tal como lo expresara el presidente en su segundo informe de gobierno.

Por cuanto al lado oscuro de esta administración, éste continúa siendo precisamente su expresión propiamente

política. El discurso que liga la tradición de la revolución mexicana con la reforma del Estado es aún un problema que la fraseología política no logra resolver.

En efecto, todavía no son claras las pretensiones democratizadoras del régimen que sigue utilizando la democracia como simple función retórica para legitimar una política de austeridad concertada.

Los acuerdos entre el PRI y el PAN no lograron un consenso en los proyectos de transformación del juego político, ni lograron marginar la oposición agrupada en el PRD. La modernización del PRI quedó severamente limitada a pesar de avances importantes de acuerdo con los resultados de su decimocuarta convención, y por lo tanto ese asunto sigue siendo el talón de Aquiles del proyecto de transformación salinista.

El frágil equilibrio interno de los sectores que integran el PRI no permite su modificación a fondo, menos aún frente al fantasma del PRD y de la necesidad de no romper sus lazos con una dirigencia obrera corrupta y antimodernizante pero fundamental para los acuerdos del pacto.

La competencia política es incompatible con una buena parte del proyecto económico del gobierno que requiere de tiempo para demostrar sus ventajas. El bipartidismo PRI-PAN, anunciado antes de las elecciones de 1988, se alteró radicalmente después de éstas, obligando a las nuevas formas de "alquimia" elec-

toral, políticas de “carro completo” y triunfalismo electoral para asegurar el control gubernamental.

La justicia y la igualdad social que permean el discurso presidencial estarán cuestionados si no se acompañan por una vida cívica común, es decir, una democracia que asegure el acceso de todos a la experiencia política.

El éxito de una política económica depende de la fuerza que se tenga para llevarla a cabo, pero en una sociedad democrática esta fuerza proviene del consenso y de la legitimidad del gobierno. No interesa, para los fines de este programa, analizar las afirmaciones opositoras sobre el fraude electoral, pero resulta preocupante el creciente desinterés ciudadano por asuntos que son o deberían ser de su incumbencia.

El alarmante crecimiento del abstencionismo electoral —como sucedió en elecciones estatales recientes— deja sin sentido el lema revolucionario del sufragio efectivo, pues no puede ser efectivo ningún gobierno democrático que cuenta sólo con el 10% del electorado.

La preocupación por ciento no es exclusiva de la oposición perdedora, sino que debe ser, fundamentalmente, de los triunfadores. Comprender las razones del abstencionismo y combatirlo tiene

que ver con el sentido mismo de la propuesta para democratizar la sociedad y reformar el Estado. El reto fundamental del actual gobierno consiste en sustentar su proyecto de transformación económica en una auténtica cultura política democrática.

Invertir la relación entre valores públicos y privados exaltando estos últimos sobre los primeros puede ser garantía de crecimiento económico, pero no necesariamente de justicia, de tolerancia, de igualdad, ni, finalmente, de democracia.

El proyecto futuro de México se apuesta sobre la modernización y la reforma del Estado, como trataremos de analizar en próximos programas. Aquél apunta a una transformación de nuestras estructuras económicas y a un nuevo papel del Estado que devuelva a la sociedad su capacidad de iniciativa.

Lo que está en juego en este proyecto es aquello que señalara el politólogo Sheldon Wolin para el conjunto internacional, y es saber “si la revolución política de iniciativas autorganizadas puede llegar a ser permanente y realmente constitutiva de la vida política, o bien, si la revolución asumirá la forma apolítica posmoderna del consumismo y el privatismo”.

Luis Alberto de la Garza